

# El problema de la causa de la muerte de Bolívar

## *The issue of Bolivar's cause of death*

Carlos Alarico Gómez

### Resumen

En este artículo se analiza el problema surgido sobre la causa de muerte del Libertador. El autor ha encontrado una larga evidencia documental que le ha permitido analizar el hecho desde una perspectiva amplia, para lo cual se ubicó en los antecedentes que afectaron la vida del personaje investigado durante el lapso abril de 1828-diciembre de 1830, así como en lo ocurrido con sus restos desde el momento de su muerte hasta el día de hoy. Este último aspecto fue considerado imprescindible, dada la duda que formuló el actual jefe del Estado venezolano sobre su posible asesinato.

El trabajo presenta los resultados de la investigación, los cuales se analizan dentro de un contexto historiográfico de inobjetable validación. A partir de él, se efectúa un análisis de la personalidad de Bolívar en el que se muestra a un personaje cuya imagen distorsionada ha creado un mito que se encuentra profundamente inmerso en el inconsciente colectivo del pueblo venezolano. El artículo le permite al lector transitar por las circunstancias que condujeron a la muerte de Bolívar y a su posterior endiosamiento, iniciado a partir de su traslado a Caracas y de la conversión de la Iglesia de la Santísima Trinidad en Panteón Nacional.

### Palabras clave

Libertador; Asesinato; Restos

### Abstract

This article analyzes the issue of the true causes behind the Liberator's death. The author has found a large amount of valuable documents, spanning from April 1828 to December 1830, as well as the latter days of Bolivar's life, such as the events surrounding his remains from the moment of his death until today. The issue concerning the remains is considered a key point by the author since the current president has publicly declared his conviction that Bolivar was murdered.

This paper presents the outcome of the research, within a qualified historiography perspective. It also conveys a study about Bolivar's personality, whose perplexing image is engrained inside Venezuelan people's mind, elevating him to a myth. In this article, the reader is allowed to travel into the circumstances that led to Bolivar's death and his myth, which started when his remains were located in a former Venezuelan catholic church, subsequently transformed into the National Pantheon.

### Key words

Liberator; Murder; Remains

---

Recibido: 21-04-2008

Aprobado: 17-07-2008

Simón Bolívar es el personaje histórico que más profundamente le ha llegado a los venezolanos y la razón es absolutamente lógica, ya que su obra no tiene parangón entre los hombres que se han dedicado a la política nacional, antes y después de su existencia. Es, además, el hombre de Estado de mayor trascendencia del país y así se le ha reconocido universalmente, pero su labor ha sido innecesariamente distorsionada, hasta el punto de crear un mito en torno a su figura. Una prueba de ello es lo acontecido con la interpretación de su temprana muerte, así como la especie de misterio que ha surgido con el destino de sus restos mortales. En este artículo se analiza la causa de su defunción, sustentada en una larga evidencia documental encontrada por el autor, lo que le permitió analizar el hecho desde una perspectiva amplia, para lo cual se ubicó en los antecedentes que afectaron la vida del personaje investigado desde la Convención de Ocaña hasta los sucesos de diciembre de 1830. Lo ocurrido con sus restos desde el momento de su muerte hasta el día de hoy también es rigurosamente explicado, debido a la duda creada por el actual jefe del Estado venezolano sobre su posible autenticidad, lo que posiblemente obligará a la realización de una investigación científica de ADN. La duda presidencial también ha generado una matriz de opinión en torno a su posible asesinato.

El autor analiza ambos aspectos basado en documentos que demuestran cada aseveración o que expresan duda sobre el tema. La selección de la data ha sido importante, considerando incluso los argumentos esgrimidos por algunos autores de fama que han analizado los hechos sin ninguna base documental o movidos por su excesiva admiración hacia la figura del padre de la patria (Juan Vicente González, Vinicio Romero, Eduardo Blanco), lo que los ubica en la categoría de actores de buena fe. A esto hay que añadirle la presencia de otros que con propósitos interesados (Guzmán Blanco, López Contreras, Hugo Chávez) han manipulado la realidad para alcanzar objetivos inmediatos de carácter político, trabajando la figura del héroe en forma pragmática con el fin de afianzar sus respectivos proyectos en el colectivo nacional.

La sumatoria de estas dos últimas tendencias ha influido en la opinión pública, de tal forma que se ha deshumanizado a Bolívar, convirtiéndolo en un ser mitológico que influye negativamente en la capacidad crítica del pueblo venezolano, tal como lo demuestran en sus investigaciones los historiadores Germán Carrera Damas (*El culto a Bolívar*, 6ª edic., 2008) y Elías Pino Iturrieta (*El divino Bolívar*, 2006). Es difícil, por tanto, que el venezolano del común esté en capacidad de analizar objetivamente la personalidad del líder de la gesta independentista, así

como el proceso de liberación de Venezuela. En consecuencia, es necesario que se comience a difundir de manera analítica el pensamiento político del grande hombre, así como los sucesos en que se vio envuelto durante su compleja e intensa existencia, incluyendo sus errores.

## LA APOTEOSIS DE BOLÍVAR

El iniciador de este problema fue sin duda Antonio Guzmán Blanco, de acuerdo con los trabajos de investigación que sobre el particular han hecho numerosos historiadores, entre los cuales destacan los trabajos de María Elena González Deluca (2007:114) y Ramón Díaz Sánchez (1968, 5ª edic., 115), en que demuestran que el estadista venezolano, motivado por su deseo de posicionamiento en la historia y por el parentesco que tenía con Bolívar, adelantó una intensa actividad destinada a enaltecer la figura del héroe, más allá de la realidad humana, en lo que dio en llamar “las glorias de Bolívar”.

La apoteosis comenzó durante el centenario del natalicio de Bolívar, circunstancia que fue aprovechada con gran habilidad por el Ilustre Americano, como le gustaba hacerse llamar, quien creó por decreto la Junta respectiva, la cual estuvo presidida por su padre Antonio Leocadio Guzmán, quien la coordinó, e integrada por Fernando Bolívar, sobrino del Libertador, así como por los intelectuales Arístides Rojas, Agustín Avelado, Pablo Clemente, Andrés Level de Goda y Manuel Vicente Díaz, quienes cumplieron a cabalidad la misión asignada.

La conmemoración, si bien ampliamente merecida por el padre de la patria, fue llevada a extremos tales como el de crear una medalla con la efigie de Bolívar y Guzmán, con el claro propósito de magnificar la figura del jefe del Quinquenio, como fue denominado este segundo período del autócrata civilizador. La suerte vino en su ayuda y el escritor Eduardo Blanco contribuyó a la efemérides con la publicación de un libro titulado *Venezuela heroica* (1881), en cuyas páginas se observa gran influencia del estilo épico que usa Homero, desplegando en su obra una literatura plena de exagerado fervor, similar al de la *Ilíada*, en las que convierte en titanes a los generales de la Independencia y a Bolívar en el mismísimo Zeus. Llega incluso a inventar algunos episodios como el de la dramática despedida de Pedro Camejo, quien, herido de gravedad en el Campo de Carabobo, galopa moribundo para despedirse del general José Antonio Páez y, al estar frente a él, descubriéndose el pecho, le expresa balbuciente: “Mi general, vengo a decirle

adiós porque estoy muerto”. Camejo, ciertamente, murió en la referida batalla, luchando con valor por sus ideales, pero no fue verdad que su defunción se produjo como lo narra en su obra. Esta aseveración se puede verificar en la *Autobiografía* escrita por Páez en Nueva York, durante el año 1869, donde narra con detalles lo acontecido durante la batalla de Carabobo (1987:338).

Guzmán Blanco fue sólo el comienzo, la génesis de la mitificación. Gobiernos posteriores contribuyeron a aumentarla, tal como ocurrió durante la época de los dictadores andinos, lo que culminó con un partido político bolivariano creado por Eleazar López Contreras, que tuvo como propósito garantizar la permanencia de los hombres de la Causa Andina en el poder y su propio regreso a la presidencia en las elecciones previstas para 1946. Para lograr su cometido, utilizó los servicios de un asesor colombiano de nombre Franco Quijano, quien demostró sus amplias habilidades en el manejo de las actas electorales, lo que le permitió a la Agrupación Cívica Bolivariana (ACB) y luego al Partido Democrático Venezolano (PDV) el control de los comicios y la maquinaria de poder andina, según ha quedado demostrado en las múltiples investigaciones hechas sobre esa etapa, en particular la obra *Origen del Estado democrático en Venezuela* (Gómez, 2004:5, 22, 38).

Esta indeseable tradición ha convertido a Bolívar en un fantasma viviente que no es más que una caricatura de lo que él realmente fue, lo que ha generado líderes que se sienten elegidos por la providencia para vindicar las afrentas reales o supuestas que le infligieron al Libertador. Esta actitud se ha repetido en varias oportunidades. Castro utilizó la figura e ideas de Bolívar para matizar sus discursos en las numerosísimas intervenciones públicas en las que intervino durante su mandato de nueve años, en tanto que el poco elocuente Gómez limitó su bolivarianismo a la construcción o refacción de obras públicas (Casa Natal, Campo de Carabobo, Ingenio Bolívar). López Contreras y Chávez Frías crearon partidos políticos bolivarianos, olvidando incluso lo referido por el propio Bolívar en la *Proclama* que dictó el 9 de diciembre de 1830, cuando se sintió morir, para despedirse de sus compatriotas: “Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión...”. La referencia fue tomada del mencionado documento, citado por Liévano Aguirre en su obra *Bolívar* (1974:515).

Esta situación de adoración perpetua para recordar los mejores momentos de la época guzmancista, se ha convertido en un problema en nuestro país, contraviniendo lo establecido en la *Ley sobre el Uso del Nombre, la Efigie y los Títulos de Simón Bolívar* (1968) e incentivando la utilización de la figura del Libertador con propósitos políticos.

## LA VERDAD DISTORSIONADA

La verdad ha sido distorsionada, de buena o mala fe, hasta el punto de poner en tela de juicio el protocolo de la autopsia que practicó y firmó Alejandro Próspero Reverend, el médico francés que atendió a Bolívar en los momentos finales de su existencia. Tanto es así que el 17 de diciembre de 2007 el propio Presidente de la República de Venezuela, ahora Bolivariana por su impuesta voluntad, utilizó la tribuna de oradores en el Panteón Nacional, apartándose de la tradición, para desarrollar la hipótesis de que Bolívar fue asesinado en Santa Marta y sembrar dudas sobre la autenticidad de los restos que desde 1930 fueron colocados en la urna de bronce que fue diseñada por el escultor Chicharro Gamo, donde hoy se encuentran.

Uno de los propósitos de este artículo es analizar si al Presidente le asiste la razón o si, por el contrario, sus argumentaciones obedecen a su ignorancia sobre la documentación existente. Aunque también es posible que actúe de buena fe y que tenga razones para creer que tal asesinato ocurrió, a pesar de que el razonamiento esgrimido en su cadena televisada desde el Panteón no aporta ninguna convicción al televidente bien informado. Pudiera también considerarse la probabilidad que se trate de alguna estrategia del Presidente para distraer la opinión pública, tal como recomiendan los asesores de imagen cuando existen problemas que requieren ser desviados de la atención central. En todo caso, cualquiera que sea la motivación del Presidente para formular una acusación de tanta gravedad, la verdad debe ser buscada en los documentos que explican lo que le ocurrió a nuestro máximo héroe, antes y después de su muerte.

## LA DECADENCIA DE BOLÍVAR

Lo primero que se debe considerar es la documentación que el propio Bolívar aporta a través de sus cartas, proclamas y decretos. El punto inicial podría encontrarse en lo ocurrido durante la Convención de Ocaña, cuyas consecuencias lo llevaron a la dictadura y al sufrimiento de una pena moral que lo enfrentó a las peores pruebas que pueda sufrir un hombre de Estado, incluyendo un atentado contra su vida.

El 9 de abril de 1828 comienza la hora final. Ese día se reunieron los sesenta y ocho diputados electos para formar parte de la Convención, bajo la presidencia de Francisco Soto. El partido favorable a Bolívar llevaba como objetivo presentar

la Constitución de Bolivia como modelo para sustituir la aprobada en Cúcuta en 1821, pero la reacción en contra de la presidencia vitalicia había sido de tal naturaleza que deciden presentar en su lugar un Mensaje del Presidente de Colombia en el cual se incitaba a los convencionistas a que votaran por la creación de un gobierno central fuerte, capaz de emprender las grandes tareas que permitieran la consolidación del Estado y la superación de los inmensos problemas que afrontaba la recién nacida República. El partido santanderista, por su parte, introdujo el Proyecto Azuero, llamado así por haber sido presentado por el diputado Vicente Azuero, en el cual se planteaba la creación de una república federal dividida en veinte departamentos, dotada de una asamblea legislativa autónoma, con capacidad para elegir a su gobernador a través de una terna que le sería presentada por el gobierno central de Bogotá. También se planteaba que el presidente carecería de facultades extraordinarias, funciones que serían ejercidas por el Consejo de Estado, al cual debía escuchar el Presidente de Colombia en el momento de las grandes decisiones. El proyecto es bien recibido por la mayoría, pero el diputado José María del Castillo Rada, jefe de la fracción bolivariana, decide romper el quórum para evitar la evidente derrota que se avecinaba. El 10 de junio se retira la bancada, integrada por veinte diputados, y tres días después se produce un golpe de Estado que declara supremo dictador de Colombia a Bolívar. Este hecho ignora la Convención de Ocaña y, más grave aún, desconoce la Constitución de Cúcuta.

Bolívar acepta la dictadura, pero su actitud no es la de un dictador. Permite que haya libertad de prensa y se dirige al pueblo colombiano expresándole: “Compadecámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo”. No obstante, los pueblos neogranadinos responden al llamado de su líder y hay manifestaciones celebrando la decisión de Bolívar en diferentes poblaciones. Manuelita Sáenz llega de Ecuador y le da calor a su vida, pero la tranquilidad no dura mucho. En realidad, nunca la hubo. Mientras se instalaba la Convención de Ocaña, Antonio José de Sucre, presidente de Bolivia, fue víctima de un amotinamiento en Chuquisaca (18 de abril de 1828) y casi pierde la vida. Como consecuencia de ello, renuncia a la presidencia y se retira a Quito. El ejército peruano, aprovechando la ausencia de Sucre y bajo la conducción del presidente José La Mar, invade Bolivia y toma posesión del Gobierno en La Paz. El 3 de julio Bolívar emite una proclama en donde le declara la guerra al Perú y designa a Sucre para que dirija el ejército desde el Ecuador y le presente batalla a La Mar.

Adicionalmente, emite un decreto el 27 de agosto de 1828 que elimina la Vicepresidencia, con el propósito de neutralizar a Francisco de Paula Santander, al

que designa Ministro Plenipotenciario en Estados Unidos. No obstante, la decisión no frena la conspiración de los santanderistas contra Bolívar, al que califican de tirano y, el 25 de septiembre de aquel terrible año, un grupo integrado por 12 civiles y 25 militares al mando del venezolano Pedro Carujo asaltan el Palacio de San Carlos y tratan de asesinar a Bolívar, quien milagrosamente salva su vida, gracias al oportuno consejo de Manuelita, que se encontraba con él y que lo convence de abandonar el Palacio de San Carlos y esconderse en un río cercano, bajo las arcadas del puente del Carmen. Luego se dirigió al Cuartel Vargas y tan pronto supo que el motín había sido controlado, regresó al Palacio, pero ya su salud estaba afectada, al punto de presentar un alto estado febril y una inmensa palidez que demacraba su rostro. Sin duda que el pasar tantas horas en el agua helada del río, a tan altas horas de la madrugada, tienen que haberle causado un gran daño a su salud, lo que se hace evidente en lo que le ocurre posteriormente.

El Libertador fue magnánimo y perdona la vida a Santander, su principal adversario, pero no así al almirante José Prudencio Padilla, héroe de la batalla Naval del Lago de Maracaibo y hombre de inmensa popularidad, al que hace fusilar el 2 de octubre. Padilla estaba en prisión y, por lo tanto, no pudo participar en la conspiración, pero lo comprometió el hecho de que los conjurados lo pusieron en libertad en el corto tiempo en que tomaron control de la cárcel donde se hallaba detenido. La muerte de Padilla causó pesar en todos quienes lo conocieron, incluyendo al mismo Bolívar.

Los problemas no se detuvieron allí. El autor colombiano Liévano Aguirre refiere que el 10 de octubre se alzó en Popayán el general José María Obando, secundado por el general José Hilario López, en defensa –según dijeron– de la Constitución de Cúcuta, a lo que Bolívar dio inmediata respuesta dirigiéndose a Boyacá (Liévano Aguirre, 1974:492) para enfrentarse a los conjurados. Estando en ese lugar lo sorprende el despacho que le envía su ministro de Relaciones Exteriores, Etanislao Vergara, que recibe el 13 de diciembre de 1828, en el cual le informa que el Consejo de Gobierno en pleno, integrado por José María del Castillo Rada, Rafael Urdaneta, José Manuel Restrepo y el propio Vergara, estaban en conversaciones muy adelantadas con los gobiernos de la Gran Bretaña y Francia para designar a un monarca constitucional, con el aditamento de que Bolívar sería el regente mientras viviera y después de su muerte sería sustituido por un príncipe europeo. Bolívar responde con cautela el día siguiente (p. 497) y le expresa que la decisión le corresponderá ser tomada al gobierno que lo sustituya o por el Congreso Constituyente, que ya ha procedido a convocar.

Al iniciarse el año 1829, La Mar se rinde (Girón, 18 de febrero) y Agustín Gamarra asume la presidencia del Perú, en tanto que Obando decide deponer su actitud belicosa. Bolívar respira entonces aliviado de tantos problemas y se dirige a Guayaquil, donde recibe una carta de Patricio Campbell, ministro de la Gran Bretaña ante el Gobierno de Colombia, fechada el 31 de mayo de 1829, en la que le solicita su opinión sobre el proyecto de monarquía constitucional. El diplomático quería estar seguro de que las consultas que le había hecho Vergara estaban respaldadas por la voluntad de Bolívar. El Libertador le responde el 5 de agosto (más de dos meses después) una carta muy diplomática en la que le dice, aproximadamente, lo mismo que ya le había expresado a Vergara (Bolívar, *Obras completas*, tomo VII, p. 292). Por supuesto, la actitud del Libertador, si bien contraria a la idea de una monarquía en Colombia, permitió que algunos creyeran que estaba a favor, incluyendo al general José María Córdova, héroe de Ayacucho y fervoroso admirador de Bolívar, quien lleno de gran indignación se alzó en armas en Antioquia (17 de octubre) y allí fue vencido por el coronel Ruperto Hand, de origen irlandés, quien lo asesinó cobardemente. Córdova era un hombre muy querido dentro y fuera del ejército.

La decadencia de Bolívar fue de toda índole. Minó su imagen pública y también su salud. En agosto de 1829 sufre un ataque de nervios unido a cólera morbo y fiebre alta. El hecho ocurrió mientras se encontraba en Guayaquil y fue de tanta gravedad que lo incapacitó parcialmente. La documentación sobre la salud de Bolívar es abundante y no deja duda alguna sobre el pésimo estado físico en que se hallaba el padre de la patria. Se puede notar que su enfermedad se había comenzado a agravar desde que llegó a Guayaquil, obligándolo a permanecer inactivo debido a su debilidad extrema, según lo comprobado y expuesto por el médico Oscar Beaujon en su ponencia titulada *El Libertador enfermo*, la cual fue presentada en la Mesa Redonda “La enfermedad causal de la muerte del Libertador”, organizada por la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina, celebrada en Caracas el 27 de junio de 1963. Beaujon dice textualmente (en Leal, 1980:471) que “A principios de agosto de 1829 el Libertador se encontraba en Guayaquil, donde sufrió... de un fuerte ataque de nervios y fiebre, cuya sintomatología puede concretarse en: ataque de nervios, cólera morbo y fuerte calentura”. El cólera morbo se caracteriza por gastroenteritis aguda, diarrea, calambre y vómitos.

La salud de Bolívar había comenzado a resentirse desde que llegó a Puente de Mayo el 2 de marzo del año 1829, donde se vio obligado a acampar mientras se aliviaba de un fuerte ataque pulmonar que lo tuvo bastante afectado (p. 438). Este problema se puede apreciar en la carta que le escribe a Castillo Rada el 25 de

marzo de 1829 donde le expresa que: “Mi salud se ha quebrantado un poco, pero va mejor”, refiriéndose al problema que había confrontado el 2 de marzo anterior en el sitio referido.

El 13 de agosto, después de la fuerte crisis de salud que tuvo en Guayaquil, le escribe a Pedro Herrán que “Siento no poder decir a Ud. cuanto quisiera en contestación a su contenido, pues un ataque nervioso y bilioso que hace diez días me ha reducido a la cama, y del que estoy mejorando, me lo impide, porque estoy aún sumamente débil” (p. 440). Y en ese mismo sentido le escribe a José Fernández Madrid el 16 de agosto, expresándole: “Parezco un viejo de 60 años. Tal me ha dejado el último ataque que he sufrido...” (p. 440). El 28 de septiembre, ya en camino de regreso a Bogotá, le escribe a Sucre y le dice que no puede extenderse mucho porque no tiene en ese momento ningún amanuense a quien dictarle sus cartas y agrega, a manera de excusa, que: “Soy demasiado flojo y me canso... ahora estoy cansado” (p. 443).

El 15 de enero de 1830 en horas del mediodía Bolívar entró triunfante en Bogotá y fue recibido, de acuerdo con lo establecido por el protocolo de la época, con salvas de artillería, repiques de campana y un regimiento en correcta formación. El Libertador presidía el cortejo, pero lejos de inspirar admiración por haber regresado victorioso de las tremendas pruebas que tuvo que enfrentar contra La Mar, Obando y Córdova, más bien produjo sentimientos de compasión en uno de sus amigos más fieles, el general Joaquín Posada Gutiérrez, quien describió así la manera como Bolívar lucía: “... pálido, extenuado; sus ojos tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados; su voz honda, apenas perceptible; los perfiles de su rostro, todo, en fin, anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución de su cuerpo y el cercano principio de la vida inmortal” (p. 444). Por su parte, José Ignacio Méndez corroboró lo observado por Posada y expresó que: “...los espectadores quedaron sorprendidos al ver a Bolívar, cuya ruina física era apenas comparable con su decadencia política. Sus ojos, antes fulgurantes, se extinguían, la voz era cavernosa y su rostro demacrado y pálido”.

No obstante, reasumió su cargo e instaló el Congreso Admirable el 20 de enero, quedándole la satisfacción de ver electo en la presidencia al general Antonio José de Sucre. Es en esos días cuando el artista plástico José María Espinosa logra que Bolívar pose para él y delinea su retrato, en el cual queda plasmado lo antes aseverado por Posada y por Méndez. Lo que pinta este artista para la posteridad es el rostro de

un hombre muy envejecido, en el que se puede fácilmente observar el padecimiento de un gran sufrimiento moral. El cuadro es realmente impresionante.

El 23 de febrero es víctima de una recaída similar a la que tuvo en Guayaquil y de ello deja constancia en la carta que escribe a su amigo Daniel O'Leary (23 de febrero de 1830): "He sufrido un gran ataque de bilis que me ha dejado muy postrado..." (p. 444). Y tres días después le dice a José Antonio Arroyo: "En estos días he sufrido un fuerte ataque bilioso y aunque estoy casi bueno, la debilidad con que me dejó éste me tiene un poco molesto" (p. 445). Un mes más tarde, de acuerdo con lo que dejó escrito Posada Gutiérrez, "...la salud del Libertador decaía visiblemente: el insomnio, la desgana producida por la agitación del ánimo, por la tristeza, por la desesperación de ver perdido en el porvenir el fruto de sus esfuerzos, agotaban la poca energía física y moral que los trabajos militares y políticos y los sinsabores le habían dejado; tenía apenas cuarenta y siete años y parecía un sexagenario. Érale, pues, forzoso separarse del gobierno para buscar alivio en el campo".

El diagnóstico de Posada Gutiérrez resultó preciso. En efecto, Bolívar entregó el mando al general Domingo Caicedo y se retiró a descansar en la casa de campo que éste tenía en las afueras de Bogotá, llamada Quinta Fucha. Así se lo informó a O'Leary en carta que le escribió el 2 de marzo, en la cual le expresaba: "Yo estuve malo hace algunos días, pero ya me he restablecido en parte; sin embargo, tendré que irme al campo a la Quinta de Caicedo que está cerca de esta ciudad. Yo he nombrado a este general Presidente interino del Consejo, para darle más popularidad al Gobierno y me aseguran que el pueblo está contento con este nombramiento". Como se ve, Bolívar tenía toda la intención de no regresar al poder y no sólo por razones de salud. Así se lo dice a José Fernández Madrid el 6 de marzo: "...No volveré a tomar más el mando, porque ya me es insoportable bajo de todos respectos" (p. 446).

No obstante, muchos de sus colaboradores y amigos no le creían, a pesar de que insistía en que había "muerto políticamente y para siempre" (Carta a Obando del 8 de marzo). A la Quinta Fucha acudía mucha gente, pero Bolívar seguía firme en su determinación, al punto de que el 27 de abril presentó su renuncia irrevocable ante el Congreso y el 4 de mayo fueron electos Joaquín de Mosquera para la Presidencia y Domingo Caicedo para el cargo de Vicepresidente. Cuatro días más tarde el Libertador abandonó Bogotá para siempre y tomó rumbo a Cartagena. De allí fue a instalarse en un bohío ubicado en el Pie de la Popa, acompañado de su sobrino Fernando, al que amaba como a un hijo, donde lo sorprendió la noticia del

asesinato del Mariscal de Ayacucho, que le fue comunicada por Mariano Montilla el 1° de julio. La información, como es de imaginarse, le produjo una fuerte turbación y toda esa noche la pasó insomne y en estado febril. Luego siguieron camino a Turbaco, Soledad, Sabanilla y finalmente Santa Marta.

Fernando Bolívar dejó escrita su apreciación sobre el estado en que se hallaba el Libertador: “La salud de mi tío se agravó en todos estos lugares ardientes y malsanos” (p. 447). En efecto, toda la correspondencia del Libertador ratifica lo dicho por su sobrino. El 20 de septiembre le comunica a Pedro Briceño Méndez: “Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado y el 25 de ese mismo mes contesta a Etanislao Vergara diciéndole que: “No puedo menos que confesar a Ud. que aborrezco mortalmente el mando, porque mis servicios no han sido felices, porque mi natural es contrario a la vida sedentaria, porque carezco de conocimientos, porque estoy cansado y porque estoy enfermo” (p. 448). En el mismo tono se dirige al Prefecto de Antioquia, desde Soledad, el 4 de octubre y el 16 del mismo mes dice a Urdaneta que “Me tiene usted aquí detenido a causa de mi salud que se ha deteriorado mucho, porque los males de que adolezco (*sic*) se han complicado de una manera muy penosa”.

El venezolano Rafael Urdaneta había practicado un golpe de Estado exitoso contra Mosquera y había asumido la presidencia de Colombia desde los primeros días de septiembre, pero la posición de Bolívar era firme y, además, aunque hubiera querido volver al mando no lo habría podido hacer porque su salud estaba en muy malas condiciones. La abundante correspondencia que sigue a estas cartas repiten hasta el cansancio la misma información y así se lo expresa a Vergara (25 de octubre), a Montilla (27 de octubre), a Justo Briceño (31 de octubre), a Montilla de nuevo (1° de noviembre) y a Urdaneta otra vez (4 de noviembre). José Vallarino, que lo visitó el 10 de noviembre, describió así el estado de postración en que encontró al Libertador: “Advertí en la fisonomía de S.E. languidez. Sus ojos se fijaban y no brillaban como siempre y del lagrimal le supuraba con alguna frecuencia un humor craso que se limpiaba cuando lo sentía descender. Su cuello estaba un poco hundido entre sus hombros. La espalda un poco cargada. El pecho un poco fatigado. Una tos tenue, pero bastante frecuente; tardío en discurrir y sus pasos vacilantes” (p. 453).

No había duda alguna de que la salud del padre de la patria estaba seriamente comprometida y así lo entendió Mariano Montilla, quien de acuerdo con Joaquín de Mier le envió el barco *Manuel* para que lo transportara a Santa Marta en búsqueda de su recuperación.

## LA JORNADA FINAL

El médico francés Alejandro Próspero Reverend quedó al cuidado de Bolívar desde el 1° de diciembre de 1830, fecha en la que Bolívar llegó a Santa Marta en el navío *Manuel*, que lo condujo desde Barranquilla. Su estado de salud era tan deplorable que fue necesario bajarlo en los brazos de sus amigos porque no era capaz de caminar. Esto lo obligó a permanecer en esa ciudad hasta el día 6, fecha en la que fue trasladado en una berlina hasta su destino final.

Tan pronto entró en contacto con su famoso paciente, Reverend se dio cuenta de que el caso era sumamente grave y que el desenlace podía ser fatal. El galeno actuó muy profesionalmente y, a pesar de los pocos recursos médicos de que disponía y de lo limitado de sus conocimientos, hizo todo cuanto estuvo a su alcance para salvarlo, hasta el punto de que cuando supo que el reputado médico M. Night había hecho escala en el puerto de Santa Marta a bordo de la goleta *Grampus*, de bandera norteamericana, solicitó permiso para subir a la nave y hablar con él. Su deseo era compartir el diagnóstico y posible tratamiento del paciente. El médico norteño lo escuchó con interés, lo ayudó en su análisis y, como consecuencia, se decidió no postergar más tiempo el traslado de Bolívar a la Quinta San Pedro Alejandrino y el 6 de diciembre fue llevado a ese lugar. La información aparece en el Boletín N° 2 de Reverend, emitido el 2 de diciembre de 1830 e inserto en el folleto titulado *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar*, escrito por Alejandro Próspero Reverend, editado en París en 1866, el cual aparece publicado en la compilación de Ildefonso Leal (1980:68). Pocos días después también ancló en el puerto de Santa Marta el navío británico *Blanche* que portaba al doctor Miguel Claire, enviado por el Gobernador de Jamaica para atender al Libertador, pero lamentablemente llegó cuando ya era demasiado tarde.

Consciente de lo delicada en que se hallaba su salud, Bolívar se confesó con el obispo de Santa Marta, monseñor José María Estévez, y recibió la extrema unción de manos del padre Hermenegildo Barranco, párroco de la población de Mamatoco, la más cercana a San Pedro. También dictó su última proclama el día 9, en el cual hizo un dramático llamado a la unión de los pueblos para preservar la paz. El día siguiente firmó su testamento ante el escribano público José Catalino Noguera, sirviendo como testigos los generales Mariano Montilla y José María Carreño, los coroneles José de La Cruz Paredes y Joaquín de Mier, el comandante Juan Glen y el doctor Manuel Pérez Recuero. Como albaceas designó a Pedro

Briceño Méndez, Juan de Francisco Martín, José María Vargas y José Laurencio Silva (Testamento, 1830/1973).

El 17 de diciembre de 1830 los moradores de la Quinta San Pedro Alejandrino sintieron que el momento crucial estaba cerca. Las constantes carreras de Reverend, que entraba y salía de la habitación de Bolívar en busca de medicinas para ayudar al enfermo, les permitía oír con claridad el ronquido del moribundo. Los estertores de la muerte se escuchaban inclementes en la residencia del coronel Joaquín de Mier. El enfermo era el hombre que creó a Colombia en 1819 y que había dirigido sus destinos hasta marzo de ese mismo año.

Briceño Méndez y Fernando Bolívar se reunieron para conversar en el frente de la residencia, junto a un frondoso tamarindo que allí estaba y al poco tiempo se les unió José Laurencio Silva para considerar la gravedad de su ilustre pariente. Era el mediodía cuando observaron a Reverend que salió de nuevo de la casa, pero ya no corría. Ahora caminaba cabizbajo y ceñudo hacia donde ellos se encontraban. Los tres hombres presumieron la noticia que estaban a punto de recibir. Cuando el médico llegó a su lado les expresó en alta voz, para que escucharan los que se encontraban más lejos: “Señores, si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo” (Mijares, 1983:382).

Todos los presentes fueron penetrando en la alcoba donde se encontraba el padre de la patria y una vez allí presenciaron la agonía y muerte del Libertador en un silencio sepulcral, sólo interrumpido por los constantes sollozos de José Palacios, el mayordomo de Bolívar. Estuvieron presentes en el momento del trance los generales Mariano Montilla, José Laurencio Silva, Pedro Briceño Méndez, Julián Infante, José Trinidad Portocarrero y José María Carreño; los coroneles Belford Hinton Wilson, José de la Cruz Paredes y Joaquín de Mier; el comandante Juan Glen; los capitanes Andrés Ibarra y Lucas Meléndez; los tenientes José María Molina y Fernando Bolívar Tinoco; los doctores Manuel Pérez Recuero y Alejandro Próspero Reverend; y su mayordomo José Palacios. Todos ellos fueron fieles al Libertador durante su vida y después de su muerte.

El deceso de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se produjo a la una de la tarde. Reverend lo informó al mundo a través de su reporte médico número 33 y de inmediato expresó que era necesario hacer una autopsia. Una vez que estuvieron todos de acuerdo, le correspondió al general Montilla transmitirle la conformidad de los deudos.

## LA POSIBILIDAD DE UN CRIMEN

Las personas que acompañaron a Bolívar durante su enfermedad fueron todas de su más absoluta confianza, cercanía y probada lealtad. La vida de todos ellos se conoce al detalle y no hay la más mínima posibilidad de que alguno haya incurrido en un crimen contra la figura de aquel hombre por el que sentían devoción y aceptaban como su máximo líder. A varios de ellos los unía un lazo sanguíneo o colateral con el Libertador, tal como era el caso de Fernando Bolívar, hijo de Juan Vicente, su hermano mayor, al que consideraba su hijo; el general José Laurencio Silva, casado con Felicia Bolívar Tinoco, hija de Juan Vicente; el general Pedro Briceño Méndez, casado con Benigna Palacios Bolívar, hija de su hermana Juana. La cocinera que preparaba la comida era Fernanda, enviada por Manuela Sáenz para atender la dieta y cuidar la vida de su amante. El que le servía la comida y le daba masajes era José Palacios, su mayordomo, quien era tratado como si fuera miembro de la familia Bolívar.

Sólo hay un aspecto extraño que debe ser incorporado a la investigación que anunció el actual Presidente de Venezuela. Ocurrió que el día 12 llegó a San Pedro el coronel Luis Perú de Lacroix con una carta de Manuela para el Libertador, pero no se la pudo entregar, dada la situación en que éste se encontraba. Su llegada coincidió con una misiva que recibió Mariano Montilla, en la que se expresaba que en la casa del obispo Estévez se encontraba hospedado el doctor Ezequiel Rojas, uno de los hombres que participó en el intento de magnicidio contra Bolívar el 25 de septiembre de 1828. Tan pronto lo supo, Montilla se presentó en la casa del prelado, procedió a detener a Rojas y lo envió preso a Bogotá bajo la custodia de Perú de Lacroix.

No obstante, la posibilidad de que Rojas haya podido tener acceso a San Pedro Alejandrino para envenenar al Libertador es altamente dudosa y peregrina. Cualquier intento suyo para entrar en la residencia le habría costado la vida, dado que allí se encontraba el general de división Mariano Montilla, comandante general del Magdalena, región en donde estaba ubicada Santa Marta, quien disponía de una guardia que custodiaba el área. Además, el Presidente de la República de Colombia era el general en jefe Rafael Urdaneta, amigo incondicional del Libertador, quien había asumido la primera magistratura después del golpe de Estado que perpetró el 3 de septiembre de 1830, deponiendo a Joaquín Mosquera, electo Presidente por el Congreso Admirable.

## DESPUÉS DE SU MUERTE

Luego de la autopsia, los restos fueron preparados y vestidos por Reverend con ayuda de Palacios. Fue una camisa de José Laurencio Silva la que le colocaron cuando vistieron su cuerpo para el entierro, pues la que sacaron de uno de los baúles de Bolívar estaba rota. Una vez cumplidos los honores que le fueron rendidos como Libertador, ex jefe del Estado y general en jefe, el cuerpo de Bolívar fue colocado en una cripta ubicada en la nave derecha de la Catedral de Santa Marta, al pie del altar de San José, que era propiedad de la familia Díaz Granados. Los gastos del sepelio fueron pagados gracias a una colecta pública entre los amigos presentes, la cual alcanzó la cantidad de doscientos cincuenta y tres pesos.

Tres años después, el presidente José Antonio Páez solicitó al Congreso de Venezuela que ordenara la repatriación de sus restos y, en virtud de que su solicitud no fue oportunamente atendida, el presidente Carlos Soublette renovó la misma en enero de 1838, a pedimento de María Antonia, hermana del Libertador, pero de nuevo este requerimiento fue postpuesto. No obstante, Páez fue más enfático durante su segundo gobierno y motivado por una carta que le enviaron las hermanas y el sobrino de Bolívar, se dirigió al Congreso el 9 de enero de 1842 exigiendo se aprobara la solicitud formulada por él en su primer mandato, debido a “...los grandes servicios hechos por el Libertador Simón Bolívar a su patria y a la América del Sur...”.

Esta vez el Congreso decretó el traslado de los restos el 29 de abril de ese año y Páez le colocó el ejecútese al recibir el documento del Poder Legislativo, procediendo de inmediato a designar una comisión integrada por los generales Mariano Montilla, Francisco Rodríguez del Toro y el doctor José María Vargas. Sin embargo, por asuntos de distinto orden, los designados no aceptaron el honor y en su lugar fueron nombrados José Tadeo Monagas, Francisco Parejo, Ramón Ayala y Bartolomé Salom, pero éstos también declinaron conformar la Comisión, excusándose por diferentes razones.

Finalmente, la Comisión que fue a Santa Marta estuvo presidida por José María Vargas e integrada por José María Carreño y Mariano Ustáriz, quienes viajaron acompañados por el presbítero Manuel Cipriano Sánchez en el buque *Constitución*, propiedad de la Armada venezolana, bajo el mando del comandante Sebastián Boguier. Al llegar a Santa Marta fueron atendidos por la Comisión designada al efecto por el gobierno de la Nueva Granada, presidido entonces por el general Pedro Alcántara Herrán, quien ordenó la entrega de los restos el día 4 de agosto

del citado año. La Comisión estuvo integrada por el general Joaquín Posada Gutiérrez, gobernador de Santa Marta; monseñor Luis José Serrano, obispo de la Diócesis; el general Joaquín Barriga, Juan Francisco de Martín y Joaquín de Mier. El doctor Alejandro Próspero Reverend fue el encargado de abrir la cripta y preparar el informe de la entrega de los restos, excepto el corazón de Bolívar, que permaneció en un cofre guardado en la citada Catedral, con el visto bueno de la representación de Venezuela.

La exhumación tuvo lugar el 20 de noviembre de 1842 a las 5 de la tarde. El informe del doctor Reverend no deja lugar a dudas de que los restos que se estaban entregando eran, en efecto, los del Libertador, y así se dejó constancia en acta. Se debe hacer notar que en 1838, debido al mal estado en que se encontraba la cripta después del terremoto de 1834, los restos fueron trasladados temporalmente a la casa de don Manuel de Ujueta y restituidos cuando se realizaron las refacciones correspondientes. Luego, en 1839, el general Joaquín Anastasio Márquez financió la construcción de un sepulcro más apropiado para la dignidad del fallecido y se le reubicó en la nave central, frente al presbiterio.

Una vez comprobada la autenticidad de los restos por Pablo Clemente y Simón Camacho, quienes asistieron al acto en representación de la familia Bolívar, la Comisión salió rumbo a La Guaira el 22 de noviembre y llegó a su destino el 12 de diciembre de 1842, según el recuento que a tal efecto hace Camacho, reproducida en la obra *Ha muerto el Libertador*, editado por la UCV (Leal, 1980:127). Los gobiernos de Francia, Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Estados Unidos enviaron naves de guerra para escoltar los restos del héroe en La Guaira, que fueron desembarcados el día 15 mientras se escuchaba una salva de artillería y las naves izaban sus banderas. El bote en el que fueron llevadas a puerto estaba hermosamente decorado, de acuerdo con la descripción que redactó el artista Ferdinand Bellerman, quien se encontraba en La Guaira durante la llegada de los restos del Libertador, documento que aparece inserto en la obra *A los 150 años del traslado de los restos del Libertador* (De Sola, 1992:75). Bellerman explicó, además, que el sarcófago iba custodiado por oficiales de Marina y, al llegar a tierra, fue llevado en hombros hasta la Iglesia de La Guaira, precedido por los colegios y el clero. El día 16 a las cuatro de la madrugada los restos de Bolívar fueron sacados de la referida Iglesia con el mismo respeto y escoltados por una extensa caravana de jinetes que tomaron el camino que conducía a Caracas, adonde llegaron al anochecer, siendo conducidos hasta la Iglesia de la Santísima Trinidad (hoy Panteón Nacional) en donde permanecieron esa noche.

El sarcófago fue trasladado desde la Santísima Trinidad hasta la Iglesia de San Francisco el 17 de diciembre a primera hora de la mañana. Fermín Toro, en la *Descripción de los honores fúnebres consagrados a los restos del libertador Simón Bolívar*, expresa que: “Al amanecer del día 17 los tiros de cañón rompieron con el alba, y el día se anunció claro y sereno para hacer más brillante y bello este recibimiento triunfal” (p. 65). El lugar escogido para rendirle honores fue el mismo donde recibió el título de Libertador en 1813 y la fecha escogida coincidía con aquella en la que puso el ejecútase a la Ley Fundamental de Colombia en 1819, promulgada por disposición del soberano Congreso reunido en Angostura. Era también la fecha en la que murió doce años antes en San Pedro Alejandrino. En la Iglesia de San Francisco permaneció hasta el 23 en la mañana, cuando se le trasladó a la Catedral de Caracas, donde recibió cristiana sepultura en la capilla de la familia Bolívar. Juana y Fernando, hermana y sobrino de Bolívar, asistieron a los actos fúnebres.

Los restos fueron examinados cuidadosamente por el doctor José María Vargas y luego colocados en una urna al lado de sus padres, de su esposa y de su hermana María Antonia, según consta en la documentación que existe al respecto. Allí permanecieron hasta el 28 de octubre de 1876, día de San Simón, ocasión en que fueron conducidos al Panteón Nacional, por disposición del presidente Antonio Guzmán Blanco, donde fueron colocados en la nave central donde antes se hallaba el altar mayor. Allí permanecieron tranquilos, sin más perturbación que la de los honores que cada año se le hacían en la ocasión del aniversario de su muerte. Por lo tanto, causó una fuerte emoción a la población venezolana la denuncia que formuló el doctor José Izquierdo en 1947, según la cual una calavera trepanada encontrada por él en la cripta de la familia Bolívar en la Catedral, colocada en el suelo, era sin duda la del libertador Simón Bolívar.

Como era de esperarse, las autoridades actuaron con prudencia y suspicacia, especialmente el Congreso de la República, entonces presidido por el doctor Andrés Eloy Blanco, debido a que el famoso galeno era muy conocido por su carácter impulsivo y apasionado. El Congreso ordenó una investigación y designó una Comisión que investigó el caso y procedió incluso a abrir el sarcófago de Bolívar, el cual fue cuidadosamente inspeccionado, llegándose a la conclusión de que los restos que allí estaban se correspondían con los que colocó Vargas en la cripta de los Bolívar.

La incredulidad de legos y expertos tenía una base lógica, pues era muy difícil que alguien pudiera haber entrado a la Catedral de Caracas para profanar

unos restos que no tenían ningún beneficio pecuniario que ofrecer. Además, la Catedral tenía en esa época el Seminario a su lado (luego Escuela Superior y más tarde sede del diario *La Religión*) y a pocos metros la Casa Amarilla, que era el lugar donde funcionaba el despacho del Presidente de la República, convertido luego en sede de la Cancillería una vez que la oficina presidencial fue trasladada a Miraflores en el año 1900. Por lo tanto, cualquiera que hubiese intentado entrar en la capilla con propósitos insanos habría corrido el gravísimo riesgo de ser inmediatamente detenido y sometido a prisión.

Otro aspecto a considerar es que existe un informe integral suscrito por los doctores Ambrosio Perera y Cristóbal Mendoza, el historiador Vicente Lecuna y el arqueólogo José M. Cruxent, en el que se deja constancia de que la calavera encontrada por Izquierdo corresponde a la de Josefa Tinoco, mujer de Juan Vicente, hermano del Libertador, cuyo cadáver fue autopsiado con trepanación de cráneo, de acuerdo con lo señalado en la investigación que efectuó al respecto el doctor César Planchart, publicada en el diario *El Universal* (2008:1-10). Sobre el mismo tema se pronunció la Academia de la Historia en un opúsculo titulado *Integridad de los restos del Libertador* (1947), en el que establece que los restos corresponden a los que se indican en el informe del doctor José María Vargas sobre la preparación del cadáver del Libertador efectuada por él en 1843.

Por último, es necesario precisar el destino de la calavera que encontró el doctor Izquierdo y que creyó fuera la de Bolívar. Se sabe que permaneció en sus manos y, como suele ocurrir en Venezuela, al poco tiempo se produjeron sucesos de gran magnitud en la política venezolana y ya nadie más se preocupó por saber su paradero. Es posible que la haya llevado a la Escuela de Medicina de la UCV y que allí se encuentre todavía, pero también es factible que haya sido recolocada en la capilla de la familia Bolívar o que se encuentre en la tumba de Izquierdo. El autor estima que se le debe dar más peso a la primera hipótesis, debido a que Francisco Plaza Izquierdo, médico y sobrino del célebre galeno, dijo en muchas ocasiones que la había tenido en sus manos y que permanecía en la UCV.

No obstante, el actual Presidente de Venezuela ha creado una duda colectiva que requiere ser dilucidada. Tal como él se comprometió ante el país y ante la comunidad internacional, es necesario hacer una investigación, pero es importante que los integrantes de la Comisión designada no dejen ninguna duda cuando se produzca el resultado. Un asunto tan delicado no puede ser manejado con criterio político, sino científico. Por lo tanto, la ciencia histórica y la ciencia médica deben ahora determinar cuál es la verdad.

## BIBLIOGRAFÍA

BOLÍVAR, S. (1830/1973). *Testamento*. Caracas: CSB.

\_\_\_\_\_ (1828-1830/1976). *Obras completas* (tomo VII). México: Impresora Mexicana.

BLANCO, E. (1971). *Venezuela heroica*. Caracas: ME.

CARRERA DAMAS, G. (2008, 6ª edic.). *El culto a Bolívar*. Caracas: UCV.

DE SOLA, R. (1992). *A los 150 años del traslado de los restos del Libertador*. Caracas: Banco del Caribe.

DÍAZ SÁNCHEZ, R. (1968, 5ª edic.). *Guzmán: eclipse de una ambición de poder*. Madrid: Edime.

GÓMEZ, C.A. (2004). *El origen del Estado democrático en Venezuela*. Caracas: Batt.

GONZÁLEZ DELUCA, M.E. (2007). *Antonio Guzmán Blanco*. Caracas: BBV.

HERRERA LUQUE, F. (1983). *Bolívar de carne y hueso*. Caracas: Gráficas Monfort.

LEAL, I. (1980). *Ha muerto el Libertador* (Compilación). Caracas: UCV.

LIÉVANO AGUIRRE, I. (1974). *Bolívar*. Caracas: ME.

MIJARES, A. (1983). *El Libertador*. Caracas: Pdvsa.

PÁEZ, J.A. (1987). *Autobiografía*. Caracas: Pdvsa.

PINO ITURRIETA, E. (2006). *El divino Bolívar*. Caracas: Alfadil.

## PUBLICACIONES INSTITUCIONALES

*Ley sobre el Uso del Nombre, la Efigie y los Títulos de Simón Bolívar* (1968). Caracas: Sociedad Bolivariana.

*La integridad de los restos del Libertador* (1947). Caracas: Academia de la Historia.

## **HEMEROGRAFÍA**

PLANCHART, C. (2008). *Las reliquias del Libertador*. Caracas: *El Universal* (2008:1-10).